

EN MEMORIA DE DOS GRANDES ARTISTAS DESAPARECIDOS: MANUEL AVELLANEDA Y JOSÉ LUIS CASTILLO PUCHE

Saura Mira

Este año nos han abandonado dos artistas magníficos en su género, pintor uno y escritor el otro. La pintura y escritura quedan huérfanas ante la ausencia de Avellaneda, pintor de la tierra y José Luis Castillo Puche, escritor de tantas obras, virtuoso de la palabra cuya voz ya queda en la añoranza de quienes, seguidores de su pluma, tan sólo acudimos a sus libros para enriquecernos cada vez más de su talento.

Dos enormes artistas que la Providencia, en la que creemos, se los ha llevado a su regazo, en el límite mismo de su tiempo, donde tan sólo queda la contemplación, todo eso que el ser humano desea y no lo posee. El artista, pintor o escritor, es un personaje limpio de corazón y ausente de los malos vicios y querencias; pues tan sólo busca su engarce con lo bello, con lo que sus ojos o su palabra es capaz de aprehender desde su temporalidad. Nada existe más útil que la palabra compartida y la mirada sencilla, directa hacia la tierra donde se ha nacido. El arte es una forma de conocimiento de lo más íntimo, es ante todo, comunicación, relato añadido a la realidad que nos envuelve, dádiva y reliquia, presencia. Sobre todo presencia del alma que se hace gesta personal y hallazgo cultural.

Conocí algo (pues lo demás sería presuntuoso) a estos dos artistas, del pincel y la palabra acuñada, como sigla y encantamiento, orden y color, ademán y regusto a la patria chica.

Avellaneda, pintor de las tierras fundamentales y hoscas, heridas y dilapidadas,

profundas y sonoras por su silencio. Pintor de Cieza que es significar su oriundez, donde la tierra lo es todo. Tierra calva de ramblizales desgarrados, osamentas vacuas ensimismadas y ondulantes, descabelladas por los duendes del silencio que corrompen y trepan por sus trenzas de cicatrices.

Manolo Avellaneda profundiza en ese monólogo directo con el paisaje que conoce desde niño, sin más ataduras que su auténtica plástica.

Se unía en él la sencillez –para mí una de las notas más importantes del gran artista–, con la facultad de ensayar constantemente técnicas, algo que es determinante en su obra junto a la inquietud por calar en el paisaje regional. De ahí la amplitud de su temática, aunque alguien la pueda sintetizar en una angulación terráquea. Es cierto que su primera pintura abunda en la gestualidad del paisaje desde su esqueleto, consumiendo vías de conocimiento a través de miradas infinitas sobre ese paisaje de tierra calzinada, tremendamente extensificada y tupida de su porosa geología ancestral. Es cierto que para Manolo Avellaneda la vista de este paisaje solitario, con casitas blancas apenas situadas en sus faldones, con sus grietas y lomas donde no había ni un árbol seco, conformaba su instante de gozo desde su dimensión humana. Esto me consta y de esta forma me lo enseñan sus lienzos en torno a Cieza, Mula, Abanilla, Fortuna o el Valle de Ricote, hasta tal punto que, cuando paso por estos parajes, se me lanza a la mirada la pincelada congelada, trazo terco

y sencillo del pintor al que le gustaba contagiar a los demás con su expresividad. Sobre ese mundo, desde su mirada de filósofo observador, diría que de hombre vigilante y sumido en el interior, supo deletrear las páginas del paisaje de secarral, abundante en nuestra región, donde la ausencia de agua es su nota sustancial. Por eso Avellaneda gritaba al mundo dominante la pobreza de su tierra, la miseria que anida en estos parajes sedientos, que piden razones de solidaridad en esa elemental materia que es el agua.

Últimamente trataba la zona marina como el otro espacio visceral que se muestra como antítesis y delectación. Lo hizo en grandes lienzos, con la misma técnica de impactante sinceridad y efectos excelentes, como a su vez recomponía espacios, a

modo de bodegones y espacios interiores donde siempre se aprecia la misma visión del artista, tanto en óleo como en acuarela que utilizaba en su justa medida.

Por tanto, la pintura de Avellaneda, queda en su cabal significado, como traduciendo el «pasma» de su espíritu, diría que pleno de poesía y de grandilocuencia. La pintura es trazo y mensaje. Avellaneda luchó durante su vida por adquirir su lenguaje, sin dañar su alma de cargas distintas de las que él mismo disentía. Lo demás eran añadiduras que le mantenían al margen.

En los años setenta del siglo XX, alguien tan importante como Albrigh G. Cleaver, nos advirtió la maraña de falsos escrúpulos en los críticos ante el arte contemporáneo, llegando a conclusiones tan interesantes como la necesidad de restablecer el concepto tradicional del arte y la función del cuadro, bien utilizando los resortes del decorativismo y penetrando en el ingenuismo como faceta ínsita en su desenvoltura. En Avellaneda se daba la vieja tradición española con su dramatismo y la rebelión del color en su diversidad de matices, que son los que apetecen mirar cuando nos acercamos a una de sus obras.

No sé por qué intuyo cierta relación entre el lienzo de pátina ocrosa del maestro ciezano con la escritura del autor *Con la muerte al hombro*, una de las páginas más hermosas escritas en el siglo que ha periclitado, de Castillo Puche, cuya figura aún la adivino, con su larga barba blanca y sus ojitos inquietos y fértiles, deletreando cada esquina de paisaje, cada rincón de su amada Hécula, la triste Yecla de sus inicios vidriosos, tumbada en su silencio de apatía, donde la hiedra se encaramaba en sus paredes, donde las viejas llevaban sus rosarios para acudir a sus templos, donde las campanas entonaban un singular réquiem por todo. La última vez que lo vi



fue en una de mis últimas exposiciones madrileñas, en el pasado enero de dos mil dos. Era una noche gélida y con lluvia cayendo sobre la capital de España. Habría exposición en una salita cercana a Cibeles y me acompañó el escritor junto a mi buen amigo Belmonte Serrano. Pudo más el gesto que su deteriorada salud y me emocionó su asistencia en aquella sala, donde su figura venerable y sabia infundió delección. Le indiqué que iniciara con sus palabras la presentación de mi obra y lo hizo el maestro con su sencillez y amabilidad, después tomamos unos vinos en un restaurante cercano aunque apenas bebió, a no ser que fuera su vino de su Hécuba querida. Nos separamos con un abrazo y le di la gracias a altas horas de la noche.

No pude menos que acompañarle en su último viaje desde su iglesia amada de Yecla, en aquella tarde temblorosa, cuando decir adiós al amigo y maestro resulta tan vidrioso.

Lo recuerdo genial y pleno de sabiduría, con su gran formato humanitario, denso de miradas y consejos, de inquietas manos que hablaban por sí mismas. En una ocasión tuvo la amabilidad de escribirme un preámbulo a mi obra *Aspectos mágicos de la villa de Fortuna*, un terreno que conocía maravillosamente y que lo guardo como oro en paño.

Tras su muerte tan sólo releo su inmensa obra literaria, sus artículos y pregones, sus libros de viaje, como el de *América de cabo a rabo*, en el que explicita su extenso conocimiento y aún su amor a la vida como a la muerte, con la que convivía, presintiendo el amargo sabor de la vida, a la que amaba como a su tierra, a la que le fue fiel y que finalmente le compensó.

Se nos han ido dos magníficos artistas y personas. Nosotros queremos tomar nota de ausencias de artistas y escritores

desde estas páginas de nuestra revista, tomando constancia de su obra, dando testimonio de sus voces que son auténticamente etnográficas, pulsaron en este caso, las notas más tímidas de la musicalidad antropológica, convirtiéndose en maestros y paradigmas. Como personajes que siguen ilustrándonos con la luz de sus obras.

Cuando en esta hora se nos acaba de ir también el gran Gades, bailar, dejándonos su repertorio enorme de danza y gestualidad en comunión con la tesis que mi primo Carlos Saura le le dedicó en *Carmen, Bodas de Sangre* y el *Amor Brujo*, conmoviéndonos su estampa de apasionado y romántico artista; puede que encaje perfectamente en nuestros amados artistas que se nos han ido, la palabra duende como apelativo de su estilo, algo que el artista nace con ello, sin rebuscos y con la gracia que se apostilla en cada uno de sus rasgos y perfiles...

Mucho se ha escrito sobre Avellaneda y Castillo Puche: hitos importantes de nuestro arte regional, signos de un hacer que es base para la posteridad. Su obra queda, como queda la de Párraga en el aliento y la de tantos que nos han dejado. Lo importante es sentir su obra, indagar en su filosofía, penetrar en los arcanos de su mundo, analizar quedamente su lenguaje para intuir el enorme vacío que dejan y la necesidad de que se tenga un medio para acercarnos a su mensaje; el de Avellaneda con sus ocres y amarillos delirantes, y el de las tradiciones encajadas en los pueblacos de Castillo Puche. Es preciso analizar la obra de cada uno. Ahora traemos a nuestra portada una obrita del pintor como regalo para nuestros seguidores. Sobre el maestro y amigo Castillo Puche seguiremos abundando en sus aspectos etnográficos, en su inmensa obra literaria...